

LA TRISTEZA DE LAS FIESTAS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

**MARIANO PEYROU**

**LA TRISTEZA DE  
LAS FIESTAS**

EDITORIAL PRE-TEXTOS

**PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA**



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

*Primera edición: mayo de 2014*

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez  
Imagen de la cubierta: *Fuga 1* © José Saborit, 2007

© Mariano Peyrou, 2014  
© de la presente edición:  
PRE-TEXTOS, 2014  
Luis Santángel, 10  
46005 Valencia  
[www.pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15894-44-5 • DEPÓSITO LEGAL: V-984-2014

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

*A mi madre, que me enseñó que se puede leer  
detrás de las palabras*

EDITORIAL PRE-TEXTOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

TRES ROSAS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

*Una rosa es una rosa es una rosa*

G. STEIN

UNAS horas antes había leído que después de una conferencia, un periodista le preguntó: ¿Por qué usted no escribe como habla? La respuesta fue: ¿Por qué usted no lee como escribo? Ahora estaba soñando que ella tendría que haber contestado:

Hablo como hablo  
escribo como escribo.

Creo que en ese momento me desperté, pero seguí explorando el contenido del sueño y se me ocurrieron otras maneras de organizar las mismas palabras:

Hablo como  
hablo escribo  
como escribo.

Y también, comenzando por el segundo eslabón:

Como hablo escribo  
como escribo hablo.

Desde luego, la respuesta de la Stein era ingeniosa, pero demasiado agresiva para mi gusto. Además, no respondía realmente la pregunta, y la mía sí. Por último, mi triple respuesta tenía la virtud de afirmar algo y negarlo inmedia-

tamente después. Esto la aproximaba al modo de pensamiento-antipensamiento zen que se percibe en el verso que precede a estas líneas. Me pareció, ya totalmente despierto, que era más atribuible a Gertrude mi respuesta que la suya, pero un hierro de la mochila en la que estaba apoyando la cabeza me molestaba cada vez más y tuve que incorporarme y dejar de lado estas entretenidas ideas.

José miraba por la ventana y supe que tenía naturaleza de Buda. El campo verde del sur de Francia entraba por sus ojos, sin duda, pero no era lo que él estaba mirando. El vagón se había llenado poco a poco y los únicos asientos libres eran dos de los tres que yo había estado ocupando mientras dormía.

Más tarde, cuando el verde y el negro eran casi el mismo color, en alguna pequeña ciudad subió una chica con unos vaqueros cortados y una bicicleta, una bolsita a la espalda y el pelo rizado. Era bella, claro. Se sentó a tres o cuatro filas de distancia de nosotros, y unos franceses que parecían disfrutar de un permiso del servicio militar se pusieron a hablarle con avidez.

Maldije a quien hubiera bajado permitiendo que la bella no se sentara a mi lado y estuve un rato mirándolos sin poder oír lo que decían, tratando simultáneamente de expresar desprecio por los jóvenes reclutas (pero no mucho, soy prudente) e indiferencia por la hermosa campesina (pero un tipo de indiferencia que pudiera provocar su interés). No se me ocurrió preguntarme con qué tipo de imbécil se podía relacionar la cara que debía estar poniendo. No se me ocurre ahora qué responderme. Tal vez en ese momento tuve yo también naturaleza de Buda.

Unas estaciones después, los franceses se bajaron y ella seguía ahí sentada. Por fin llegamos a la frontera y tuvimos

que cambiar de tren. En el andén cruzamos unas palabras con ella. No era una campesina. Era inglesa. Iba a Gibraltar a tratar de embarcarse, como ayudante de lo que hiciera falta, rumbo al Caribe. Cada vez era más guapa. Ya no tenía la bicicleta y me olvidé de preguntarle por qué.

El nuevo tren tenía compartimentos de ocho plazas. José volvió a sentarse junto a la ventana, ella frente a él y yo al lado de ella. Me imaginaba una línea de energía que me conectaba con José formando una diagonal, la hipotenusa del triángulo cuyos otros dos lados eran la ventana y nuestro respaldo. La teníamos acorralada.

Charlamos sobre nada durante unos minutos. El tren no arrancaba. Una anciana entró y se sentó junto a la puerta, guardando una respetuosa distancia que yo encontré insultante. Por fin salimos. En la primera parada, haciendo juego con un paisaje industrial horroroso, subió una mujer más joven. La luz estaba apagada. Se acomodó enfrente de mí y encendió un cigarrillo sin ninguna consideración por la anciana que, para nuestra sorpresa, no protestó.

Yo miraba a José. No podía distinguir si tenía los ojos abiertos. La inglesa tenía un pie apoyado en su asiento y también estaba inmóvil. José deslizó la mano cuidadosa, distraídamente, hasta rozar como sin querer el pie amado. Ella no respondía. Él se movió de forma súbita y colocó la mano sobre la zapatilla, casi agarrando el tobillo. Ella no apartó el pie. Tal vez se miraran a los ojos. Comenzó a acariciarla, ya con la seguridad que da un sí, quiero. Los dos apoyaban los codos en la repisa de la ventana. Creo que fue ella quien estiró el brazo primero, a lo largo de la repisa. Al instante lo hizo José y sus dedos se encontraron y él tiró de su mano y de todo su cuerpo de una manera casi imperceptible. Ella despegó del respaldo a su encuentro. Él hizo lo mismo. Todos

oímos el beso pero sólo yo supe que era su primer beso. Sólo yo temblaba como si fuera uno de ellos. Ahora sí podía ver los ojos cerrados de José, reclinado hacia ella, y sus manos recorriendo su nuca y sus rizos.

Me pareció raro no sentir envidia. Seguramente, la manera en que José me suele detallar sus aventuras amorosas me permite disfrutarlas, en cierta medida, como si fueran mías. Después me contaría que el sabor de esos besos era el mismo que el de los de una chica que lo había enamorado tres o cuatro años antes. Uno de los dos añadió que a lo mejor todas las mujeres que nos fascinan comparten el mismo perfume dentro de la boca.

Durante un rato observé con atención y deleite sus besos y caricias. Las mujeres se bajaron en algún apeadero. Salí un momento a fumar al pasillo y cuando volví a entrar, José estaba sentado donde yo antes, junto a ella. Me hubiera gustado sentarme enfrente y seguir contemplándolos, pero cerré la puerta quedándome del lado de fuera, solo.

Recorrí los pasillos y encontré dos mochileros alemanes o daneses que tocaban la guitarra en un compartimento vacío. Me uní a su pequeña fiesta hasta que decidieron dormir, y entonces descubrí que yo no podía y volví al pasillo para mirar la noche apoyado en el cristal y al fin fueron las siete y abrió el bar y coincidí nuevamente con la pareja tomando café. Él estaba radiante. Me comentó que iba a invitarla a quedarse unos días en su casa antes de que se fuera a Gibraltar.

En la estación caminaban hacia las escaleras mecánicas unos metros por delante de mí. Oí que ella le decía que ya tenía el billete, que alguien la esperaba en el sur unas horas más tarde, y vi cómo escribía en un papel la dirección de mi amigo.

Su último beso y José me dice vámonos. Yo también me despido de ella y apunto a la boca para calmar un poco la curiosidad y porque es inevitable. En el metro, José no dice ni una palabra.

EDITORIAL PRE-TEXTOS